

NACIMIENTO DE BATRÁS EL GIGANTE

Rusia

En una de sus salidas, encontró Chämyst a un joven, que le pidió permiso para acompañarle durante tres días. Puestos de acuerdo, siguieron su camino, y a la noche, como todavía no contasen con nada para comer, dijo el joven:

—Con hambre no vamos a acostarnos. Quédate aquí con los caballos, que yo me encargaré de traer algo.

Y trepando monte arriba, cobró las mejores piezas que pudo desencovar, se las echó a cuestras y acosó a las demás hacia el lugar en donde Chämyst esperaba. Pero éste se había dormido, y así, el joven, aunque por aquella noche siguió sirviéndole, le reprochó:

—Te había tomado por un hombre animoso, y veo que eres un poltrón.

Y, amanecido, volvió a decirle:

—Me voy, porque contigo estoy perdiendo el tiempo.

Y se marchó.

Luego pensó Chämyst que no le había preguntado por su familia y que una mujer de su sangre le hubiera convenido; y como el muchacho aún no había desaparecido de su vista, lo llamó y le preguntó por su familia, explicándole lo que deseaba.

—Yo soy de los Chädmast-Psal y tengo una hermana que te daríamos por mujer; pero mi hermana tiene la condición de que cuando alguien la agravia, si no la devuelven a la casa paterna, se mata.

A Chämyst no le pareció grave el defecto. Acompañó al joven a su casa, pidió a la muchacha y, sacando del bolso el precio del rescate, lo pagó en el acto y se llevó a su esposa a una torre de cobre, en donde vivió luego.

Pero Syrdon, que nunca perdía ocasión de insultar a los nartas (gigantes), pasando un día por allí, miró arriba y vio a la mujer de Chämyst en la torre y empezó a insultarla:

— ¡Eh, tú! ¡Qué buena pareja haces con los nartos! ¿Cuánto tiempo llevas ahí? ¿Por qué no bajas?

Entonces la mujer se fue a Chämyst y se quejó de que su liberto Syrdon la había ofendido por lo que ya no podía continuar en su casa.

—Llévame a la de mis padres, y que yo no vuelva a ver a ese villano —añadió—. Te hubiera dado un hijo como hasta ahora no ha nacido otro en el mundo; pero antes de marcharme te lo voy a insuflar en la espalda. Te saldrá un absceso ente los hombros. Tú cuenta los meses y, cuando llegue el tiempo, te lo haces abrir, y de él te sacarán un hijo, que has de echar al mar inmediatamente.

Chämyst llevó a su mujer a la casa paterna, y luego, como las espaldas se le hinchaban, todos los nartas le compadecían, creyéndole enfermo. Pero él contaba los meses y, cuando llegó el alumbramiento, subió a su torre de cobre y llamó a Soslan para que le abriese el absceso. Hecha la incisión, sacaron al infante y lo echaron al mar, en donde creció, creció..., hasta que

llegó a ser tan grande como una montaña. Los mysyrbos y los brados de la familia de los Bora se acercaron entonces al mar y pidieron al gigante que les echase a tierra dos bueyes marinos. —Traedme a Urysmäg, cortadle el pelo y cuando hayáis terminado os echo los dos bueyes y salgo yo mismo a tierra.

Ellos volvieron y le contaron todo a Urysmág, y a la mañana siguiente se levantó y fue con ellos a la orilla del mar. Allí le cortaron el pelo. Pero Batrás —que así se llamaba el juvenil gigante— salió del mar y les increpó:

— ¿No os da vergüenza cortarle la cabellera?

Y tomando con ambas manos dos bueyes marinos, salió a tierra y terminó de afeitar a Urysmág con su cuchillo.

—Traedme el caballo de mi padre, que quiero montarlo para ir a casa —les ordenó.

Y le llevaron el caballo; mas apenas había montado, crujieron entre sus rodillas los costillares del animal, y se desplomó con él. —Traedme el de Uraysmag —dijo entonces Batrás. A duras penas pudo éste sostenerlo; pero al fin, en él llegó a casa. Lo primero que pensó entonces fue que, siendo como era un gigante de carne y hueso, no resultaría invulnerable en las batallas, por lo que le convenía hacerse forjar, y sacando sesenta turnan —moneda persa que vale diez rublos en el Cáucaso—, se fue a Kurdälägon —el mítico Vulcano de los ossetas— y le dijo:

— ¡El Señor nos haga merced de tu gracia! Vengo a que me temples y me conviertas en acero.

—De buen grado lo haría; pero temo que te fundirías —objetó Kurdälägon.

—Sea lo que sea de mí, no tengo más remedio que hacer la prueba.

Kurdälägon juntó entonces piedras, hizo con ellas un horno, puso en él a Batrás, lo encendió y estuvo soplando una semana.

—Ahora voy a ver qué ha sido de Batrás —dijo.

Y mirando, vio que el gigante seguía sentado en medio del horno y le apremiaba impaciente:

— ¡Mira, si vas a forjarme, fórmame de una vez, y déjate de juegos, o dame una guitarra para entretener la espera!

Volvió Kurdälä'gon a atizar el fuego y a soplar durante otra semana. Al cabo de ella, abrió de nuevo el horno, para observar, y entonces Batrás suplicó:

— ¡Por favor, basta ya! Ahora échame al mar.

Así lo hizo Kurdälägon, y con el calor se secó el mar como un arroyo en estiaje, y se quedó sin agua durante una semana. Cuando Batrás saltó a tierra, las aguas volvieron a llenar el mar.

Extraída de *Leyendas de Europa 2*, Barcelona, Ed. Labor bolsillo juvenil.1988

1. ¿Qué defecto tenía el joven que encontró Chämyst?
2. ¿Por qué volvió a llamarlo?
3. ¿Quiénes son los nartas? ¿Quién lo era?
4. ¿Quién es Syrdon?
5. ¿Cómo fue el nacimiento de Batrás? ¿Dónde vivía?
6. ¿Qué hizo al salir del mar?